

EL EQUIPO DE OBAMA

## Una transición crucial

XAVIER MAS DE XAXÀS - Barcelona

LA VANGUARDIA, 5.11.08

Barack Obama no quiere que la transición le robe ni un minuto. La urgencia de los temas que resolver, sobre todo los económicos, es tan elevada que no puede permitírselo. Por eso ha montado el mejor y más disciplinado equipo que se recuerda en Washington para organizar el traspaso de poderes. Medio centenar de personas forman, desde antes del verano, una administración en la sombra que ha trabajado en secreto y como un reloj bajo la batuta de John Podesta, antiguo jefe de gabinete de Bill Clinton.

John McCain criticó la celeridad y dimensión de este gabinete paralelo. Siendo las encuestas mucho más severas con él, no creyó oportuno apretar el acelerador de la transición. Al fin y al cabo, es normal que este proceso no se inicie hasta que se ha obtenido la victoria.

La situación actual, sin embargo, es todo menos normal, con el país encaminado a una dura recesión y metido de lleno en las guerras de Iraq y Afganistán, que son de tan difícil resolución que pocos creen, hoy por hoy, que puedan ganarse.

Obama, antes del verano, instaló el cuartel general de su embrionaria administración en el think tank Center for American Progress, uno de los más progresistas de la capital estadounidense. John Podesta es su

director. Otros destacados clintonianos en su equipo de transición han sido Leon Panetta, Rahm Emanuel, Robert Rubin y Gene Sperling.

Panetta y Emanuel han buscado el equipo que gobernará el país desde una Casa Blanca de nuevo en manos demócratas. Son cientos de personas para las que ya se ha pedido a la Administración Bush y al Senado que aceleren los farragosos procesos de confirmación.

Rubin y Sperling, con la ayuda, en las últimas semanas, de Paul Volker, ex presidente de la Reserva Federal, han preparado las medidas económicas que Obama tomará de inmediato, algunas, incluso, antes de jurar el cargo.

La primera es decidir si es más importante rebajar la deuda pública, que a final de año está previsto que supere el 70% del PIB o aumentar el gasto con inversiones de corte keynesiano en infraestructuras, además de otras también necesarias y prometidas en educación, sanidad, subsidios de paro y energías renovables. La misma incógnita se encontró Clinton cuando llegó a la Casa Blanca en 1992, y su secretario del Tesoro (que no era otro que el mismo Robert Rubin) impuso la estrategia de recortar la deuda.

Rubin, muy bien establecido en Wall Street desde su posición directiva en Citigroup, aporta a Obama mucha credibilidad en el terreno financiero. Tanta como Volker. Al mismo tiempo, sin embargo, es posible que le transmita las inquietudes de sus colegas: ¿Es conveniente subir los impuestos al beneficio del capital durante una recesión? Una de sus promesas electorales ha sido, precisamente, subir los impuestos a todos los que ganen más de 250.000 dólares al año.

En las próximas semanas, Obama tendrá que sopesar esta y otras presiones. La necesidad de tomar decisiones será urgente. El G-20, por ejemplo, se reúne en Washington el próximo día 15. El presidente George W. Bush será el anfitrión pero todo el mundo estará pendiente de su sucesor. Obama necesita una propuesta coherente sobre la tan comentada refundación del capitalismo: ¿Es necesario regular el mercado? ¿Cómo y hasta qué nivel?

Obama, asimismo, deberá empezar a trabajar a fondo en los nuevos presupuestos del Estado, que deben estar listos el próximo mes de febrero. La incógnita a la pregunta de Robert Rubin - ¿menos deuda o más inversiones?- debe despejarse antes de echar cuentas.

Rubin defenderá rebajar la deuda. Obama necesita, por lo tanto, a un secretario del Tesoro que pueda matizar esta posición. Se lo debe a sus electores, a los que les ha prometido de todo.

El nombre que más suena para este puesto es el de Larry Summers, que ya ocupó el cargo en los últimos años de la presidencia de Bill Clinton. Aunque es un claro seguidor de la estrategia económica de Rubin, desde su columna mensual en el Financial Times ha defendido la necesidad de aumentar el gasto público durante una recesión.

Henry Paulson, actual titular del departamento, ha puesto a disposición del ganador de las elecciones varias oficinas en el mismo edificio de la avenida Pensilvania donde el Tesoro tiene su sede. Desde ellas Obama tiene planeado ultimar el paquete de estímulo económico que el Congreso podría aprobar este mismo mes de noviembre.

No es nada normal que la administración saliente colabore con la entrante más allá de lo protocolario. No lo hizo la de Clinton con Bush en enero del 2001.

Esta vez, sin embargo, sería temerario no hacerlo. Hay demasiado en juego. El Tesoro, por ejemplo, tiene planeado vender en el 2009 unos dos billones de dólares en deuda pública, más del doble de la colocada este año. El dinero es necesario para pagar las ayudas a Wall Street. China, que ya es el principal financiador de EE. UU., volverá a ser, casi con toda seguridad, el país que más deuda compre. No hay duda de que utilizará esta posición de fuerza para inclinar la balanza comercial más a su favor. La primera tensión diplomática y comercial de la próxima administración parece cantada.

Otra prioridad de Obama en la presidencia será elaborar una estrategia adecuada para abandonar Iraq e intensificar, al mismo tiempo, la presión militar en Afganistán contra los talibanes. Tan delicada es esta operación que Obama probablemente mantendrá a Robert Gates al frente del Pentágono.

Gates quería retirarse a su casa en las afueras de Seattle, pero ha dado a entender que se quedará. Antes de fin de año debe pactar con el Gobierno iraquí el estatus de las fuerzas estadounidenses. A partir de aquí establecerá el calendario para la retirada definitiva, objetivo para el que no hay una fecha clara.

Las presidencias, como bien sabe Obama, no las marcan tanto los programas electorales como la capacidad de reacción frente a los

imprevistos. De ahí la necesidad de un equipo fuerte y cohesionado desde el primer día. En este sentido, no quiere repetir los errores de los primeros cien días de Bill Clinton. Fueron de tanto bulto que abrieron de par en par la puerta a los republicanos para que barrieran en las elecciones legislativas de 1994.

Entre los riesgos que correrá Obama está el de verse absorbido por el Congreso de mayoría demócrata. En Estados Unidos, compartir ideario no significa compartir intereses. El vicepresidente Joe Biden tendrá la responsabilidad de limar las probables tensiones con el Capitolio.

LA INCÓGNITA

## ¿Todos a una?

Barack Obama llega a la presidencia con una agenda revolucionaria en cuestiones sociales, medioambientales e, incluso, diplomáticas, y una de las grandes incógnitas es saber si la gigantesca Administración federal responderá a sus requerimientos o le pondrá palos en las ruedas. No sería la primera vez que la Casa Blanca debe vencer al enemigo interior para imponer reformas.